

## LIBRO TRIGÉSIMO TERCERO

### SOMOSIERRA

Llega Napoleón á Bayona. - Olvido de alguna de sus órdenes. - Modo de repararlo. - Su viaje á Vitoria. - Ardimiento de los españoles en una guerra comenzada con triunfos. - Proyecto de armar quinientos mil hombres. - Rivalidad de las juntas provinciales, y creación de una junta central en Aranjuez. - Dirección de las operaciones militares. - Plan de campaña. - Distribución de las fuerzas de la insurrección en ejércitos de la izquierda, del centro y de la derecha. - Encuentro prematuro del cuerpo del mariscal Lefebvre con el ejército del general Blake á vista de Durango. - Acción de Zornoza. - Son arrollados los españoles. - Napoleón llega á Vitoria, rectifica la posición de sus cuerpos de ejército, y concibe el proyecto de dejarse adelantar por sus dos alas, desembarcar en seguida repentinamente sobre Burgos para caer sobre Blake y Castaños, y sorprenderlos de costado. - Ejecución de este proyecto. - Marcha del segundo cuerpo mandado por el mariscal Soult sobre Burgos. - Acción de Burgos y toma de la ciudad. - Los mariscales Víctor y Lefebvre, opuestos al general Blake, le persiguen sin descanso. - Alcánzale Víctor en Espinosa y dispersa su ejército. - Movimiento del tercer cuerpo mandado por el mariscal Lannes contra el ejército de Castaños. - Maniobra ejecutada á espaldas de este cuerpo de resultas de pasar el mariscal Ney las montañas de Soria. - Batalla de Tudela y derrota de los dos ejércitos del centro y de la derecha. - Desembarazado Napoleón de las huestes insurgentes, se adelanta hacia Madrid sin hacer caso de los ingleses, á quienes se propone atraer hacia el interior de la Península. - Marcha hacia el Guadarrama. - Brillante acción de Somosierra. - Preséntase el ejército francés sobre Madrid. - Esfuerzos hechos para librar á la capital de España de los horrores de un asalto. - Ataque y rendición de Madrid. - No consiente Napoleón que entre en la capital su hermano, y él mismo se abstiene de hacerlo. - Providencias políticas y militares que adopta. - Abolición de la Inquisición y de los derechos feudales y supresión parcial de los conventos. - Envía los mariscales Lefebvre y Ney á Madrid, y al mariscal Soult á Castilla la Vieja para obrar después contra los ingleses. - Operaciones en Aragón y Cataluña. - Lentitud forzosa del asedio de Zaragoza. - Campaña del general Saint-Cyr en Cataluña. - Paso de la frontera. - Sitio de Rosas. - Marcha acertada para apartarse de las plazas de Gerona y Hostalrich. - Encuentro con el ejército español y batalla de Cardedú. - Entrada triunfal en Barcelona. - Salida inmediata para tomar el campo del Llobregat, y victoria de Molins de Rey. - Continuación de los sucesos en el centro de España. - Llegada del mariscal Lefebvre á Toledo y del mariscal Ney á Madrid. - Noticias del ejército inglés llevadas por desertores. - El general Moore, reunido cerca de Benavente con la división de Samuel Baird, sale al encuentro del mariscal Soult. - Maniobra de Napoleón para caer sobre el flanco de los ingleses y envolverlos. - Partida del mariscal Ney con las divisiones de Marchand y de Maurice Mathieu, y de Napoleón con las divisiones de Lapisse y Dessoles y con la guardia imperial. - Paso del Guadarrama. - Tempestad, lodazales y retraso inevitable. - El general Moore, noticioso del movimiento de los franceses, emprende la retirada. - Adelántase Napoleón hasta Astorga. - Correos recibidos de París le deciden á fijarse en Valladolid. - Confía al mariscal Soult el cargo de perseguir al ejército inglés. - Retirada del general Moore perseguido por Soult. - Desórdenes y devastaciones de esta retirada. - Encuentro en Lugo. - Dudas del mariscal Soult. - Llegan los ingleses á la Coruña. - Batalla de la Coruña. - Muerte del general Moore y embarco de los ingleses. - Pérdidas que sufrieron en esta campaña. - Últimas instrucciones de Napoleón antes de dejar la España, y su marcha á París. - Plan para conquistar el Mediodía de España después de un mes de descanso concedido al ejército. - Movimiento del mariscal Víctor sobre Cuenca con objeto de ahuyentar definitivamente á los insurrectos del centro de la Península. - Batalla de Uclés y prisión de la mayor parte del ejército del duque del Infantado, mandado antes por Castaños. - Al influjo de estos acontecimientos afortunados, entra por fin José en Madrid, con consentimiento de Napoleón, y es allí bien recibido. - Parece la España dispuesta á someterse. - Sólo Zaragoza ofrece un punto de resistencia en el Norte y centro de España. - Naturaleza de las dificultades que presenta esta ciudad importante. - El mariscal Lannes pasa á acelerar las operaciones del sitio. - Vicisitudes y horrores de este sitio memorable. - Heroísmo de los españoles y de los franceses. - Rendición de Zaragoza. - Carácter y fin de la segunda campaña de los franceses en España. - Probabilidades con que cuenta la nueva dinastía.

Partió Napoleón apresuradamente á Bayona, y viendo que los caminos estaban enteramente perdidos por causa de la estación y el tránsito continuo de los convoyes y los caballos de posta, cansados de correr incesantemente, se encolerizó contra los empleados encargados de aquellos servicios, y llegado que hubo á Montde-Marsán, montó á caballo para atravesar las Landas á escape. Llegó á Bayona el 3 de noviembre á las dos de la mañana, y envió á llamar inmediatamente al príncipe Berthier para saber en qué estado se hallaba todo y que le diese cuenta del cumplimiento de sus órdenes. Nada se había ejecutado según él lo tenía dispuesto ni con la prontitud que él deseaba, á pesar de ser el más absoluto y temido de todos los administradores, y esto era lo más grave á sus ojos.

Había exigido que se reuniesen en Bayona veinte mil

reclutas de las clases atrasadas, elegidos en el Mediodía y destinados á formar el núcleo de los cuartos batallones en los regimientos que servían en España (1), y sólo habían llegado cinco mil á lo sumo. Contaba con tener á su disposición cincuenta mil capotes, ciento veintinueve mil pares de zapatos, y un número proporcionado de otras prendas de vestuario, debiendo lo demás recibirse á medida que se necesitase, y sólo encontró reunidos siete mil capotes y quince mil pares de zapatos. Grande

(1) En el libro anterior hemos visto que Napoleón había asignado á todos los regimientos cinco batallones; que por lo tocante á los de Alemania quería que hubiese cuatro batallones en el ejército, y el quinto en los depósitos del Rhin; que de los de España hubiese tres allende el Pirineo, el cuarto en Bayona como primer depósito, y el quinto internado en Francia como segundo depósito. (N. del A.)

fué su descontento, porque, como ya hemos dicho, á los capotes y al calzado era á lo que daba más importancia, sobre todo para las campañas de invierno. Al paso que estaban tan atrasadas las provisiones de vestuario, las de víveres eran considerables, siendo este contrasentido tanto más chocante cuanto que los víveres no podían faltar en ambas Castillas, donde tanto abundaban los cereales y los ganados. Excusado es hablar del vino, que constituye el más pingüe producto de los ribazos de la península. Había mandado Napoleón comprar muchas mulas, y las habían tomado, por no haber otras, de cuatro años y medio, que eran demasiado jóvenes para prestar buen servicio; lo cual no era menos enojoso que todo lo demás, porque eran cabalmente los carros lo que más escaseaba en España por causa del mal estado de los caminos y de la costumbre de hacer los transportes á lomo. Había además prescrito que las tropas procedentes de Alemania se reconcentrasen entre Bayona y Vitoria, y que no se empezase ninguna operación aun cuando los insurgentes se nos adelantasen por derecha é izquierda, porque entraba en su plan dejar á los generales españoles empeñarse mucho contra sus alas en su ridícula pretensión de envolverle; pero los batallones más floridos procedentes del grande ejército habían sido precipitadamente diseminados por todos los puntos en que la pusilanimidad del estado mayor de José había creído ver algún peligro. Por último, el mariscal Lefebvre que mandaba el primer cuerpo, seducido por la ocasión, había empeñado acción con los españoles en Durango y los había derrotado, ventaja nula para Napoleón, que gustaba, y más aún en su actual posición, de resultados extraordinarios.

Por grandes que fueran esas contrariedades no podía Napoleón achacarlas ni á su imprevisión ni á la indocilidad de sus agentes, sino á la naturaleza de las cosas que de algún tiempo atrás venía sufriendo violencia en todo cuanto emprendía. En efecto, dos meses de tiempo había concedido tan sólo para hacer en los Pirineos los preparativos que requería una inmensa guerra. Este plazo podía tal vez haber sido suficiente en el Rhin ó en los Alpes, donde por espacio de muchos años se habían estado acumulando sin cesar todos los recursos del imperio; mas no podía bastar en el Pirineo hacia donde no habíamos encaminado en trece años, esto es, desde 1795, porción ninguna de nuestros recursos militares, por haber estado desde entonces en paz con la España. Por otra parte los agentes de la administración no conocían aún la naturaleza y las necesidades de este nuevo teatro de la guerra, y así por ejemplo enviaban víveres á los puntos donde sólo hacía falta vestuario. Además, tanto se habían alterado las cantidades de todo y tan repentinamente, desde que los primeros sesenta ú ochenta mil bisonos habían subido al número de doscientos cincuenta mil hombres, que todas las provisiones habían quedado atrás. Añádase á esto que si las tropas en vez de estar reconcentradas en Vitoria andaban dispersas en varias direcciones, era porque aquel estado mayor, en que aún no figuraban los decididos lugartenientes que había Napoleón formado en su escuela, perdía la serenidad en cuanto entreveía el menor peligro y enviaba los cuerpos en cuanto llegaban adondequiera que asomaba el enemigo, sin dejarlos descansar. Por último, si el mismo mariscal Lefebvre había

cedido al deseo intempestivo de venir á las manos era porque en hallándose ausente Napoleón al punto se relajaba la disciplina (1).

Empleó Napoleón todo el 3 en manifestar de viva voz y por escrito su gran descontento á los agentes que tan mal habían comprendido y ejecutado sus órdenes, y sobre todo en reparar las inexactitudes y la morosidad, más ó menos disculpables, de que se quejaba (2). Mandó suspender todos los acopios que los asentistas no hubieran ya hecho, y que se estableciesen inmedia-

(1) Citaremos sobre esto una carta muy curiosa del mariscal Jourdan, jefe de estado mayor de José, y encargado del mando en ausencia de Berthier y de Napoleón.

*El mariscal Jourdan al general Belliard.*

*«Vitoria 30 de octubre de 1808.*

»Mi estimado general: A pesar del poco deseo que manifiestan todos, el general Morlot está en Lodosa y el mariscal Ney en Logroño. El enemigo nos ha dado tiempo para nuestras idas y venidas, y nos ha dejado tomar nuestras posiciones.

»El general Sebastiani tenía orden de dejar en Murguía el quinto regimiento de dragones; pero como cada cual hace lo que le acomoda, ha llevado consigo, según me han dicho, la mitad del regimiento con su coronel: de modo que va á meterse con medio regimiento de dragones en un país donde apenas se puede ir á caballo. ¡Ay, mi querido general, si pudiera usted contribuir á sacarme de este maldito embrollo, me haría usted muy gran favor. ¡Qué felicidad sería para mí el volverme á cuidar mis terrones, si las cosas han de seguir en el pie en que están.

»El rey recibió la noche última una carta del mariscal Víctor, fechada en Mondragón, quejándose con bastante energía de que se han quedado con una de sus divisiones en Durango. No sé si preferiría tropezar con el enemigo en Mondragón ó en Salinas: cada cual tiene sus gustos y su modo de ver las cosas.

»El rey desea mucho que se acometa al enemigo en Durango, pero me parece que teme la desaprobación del emperador. No sé aún si S. M. se decidirá, pero el éxito es seguro. Si se espera unos cuantos días, y el señor Blake permanece donde está ahora, difícil le será escapar. La obstinación de ese general es verdaderamente extraordinaria. ¿Esperará acaso recibir refuerzos por mar? Si así fuera, bueno sería derrotarle sin pérdida de tiempo. Pero ¿cómo se toma un partido cualquiera no teniendo el mando?

»Escribo á usted, mi estimado general, todo lo que pienso, todo lo que sé y todo lo que ocurre. Mi único deseo, mi único interés es ver triunfar las armas del emperador, y al rey sentado en el trono de España. Si lo que digo á usted puede servir de algo, haga usted el uso que mejor le parezca.» (N. del A.)

(2) Citaremos dos cartas de Napoleón al ministro Dejeán, notables por sus pensamientos sobre la administración y las contrataciones.

*Al ministro Dejeán, director de la administración de la guerra*

*«Bayona, 1.º de noviembre de 1808.*

»Incluyo á usted un informe del ordenador, por el que verá cuán indignamente se me sirve. No me han dado aún más que mil cuatrocientas casacas, siete mil capotes en vez de cincuenta mil, y quince mil pares de zapatos en vez de ciento veintinueve mil. Carezco de todo: los vestuarios van malísimamente; mi ejército está en víspera de entrar en campaña y anda desnudo. Los reclutas están sin vestir: en los informes no veo más que papeles. Lo que necesito son convoyes: si se hubieran despachado completamente en regla, con un oficial ó un encargado al frente, su llegada hubiera sido segura.

»Van adjuntas unas cartas del prefecto del Girona y un informe del inspector de revistas Dufresne, para que vea usted que todo es robo y dilapidación. Tengo mi ejército desnudo, no obstante de ir á entrar en campaña; sin embargo, no he dejado de gastar mucho dinero, como si lo hubiera tirado al agua.»

tamente en Burdeos talleres y obradores para emplear en casacas los paños del Mediodía; dejó sin efecto todas las remesas de granos y reses para dedicar al vestuario solamente todos sus recursos; hizo construir en Bayona barracas para alojar los cuartos batallones; aceleró la marcha de los reclutas para llenar sus cuadros; pasó revista á las tropas que iban llegando; envió á las administraciones de correos, puentes y calzadas, multitud de instrucciones luminosas é imperativas, y por último, el 4 por la noche pasó la frontera y fué á dormir á Tolosa. Al día siguiente se trasladó á Vitoria, donde estaba el cuartel general de su hermano José. Viajó á caballo, escoltado por la caballería de la guardia imperial, y entró de noche en la ciudad, deseando no recibir demostraciones de ninguna especie y alojarse fuera de su recinto, para estar al aire libre, que era lo que le agradaba, y lo menos posible con su hermano. Esto último lo hacía por cálculo, no por frialdad ó despego: conocía que la posición de José estando á su lado no podía menos de ser muy secundaria, según ya lo había advertido hallándose juntos en Bayona, y deseaba por el contrario dejarle el primer lugar á los ojos de los españoles. Quería también no tener en España otro carácter que el de general de ejército, revestido de todos los derechos de la guerra y dueño de ejercitarlos con todo rigor hasta que el país se sometiese. De este modo tomaba sobre sí todo lo odioso de la severidad, y hasta

*Al ministro Dejeán, director de la administración de la guerra.*

*«Tolosa, 5 de noviembre de 1808.*

»No se gastarán por cierto los víveres que hay acopiados en Bayona; porque lo que sobra en España son víveres, principalmente vinos y reses. Acabo de mandar que se suspenda el apartado de ganado vacuno por inútil, de lo que resulta una economía de dos millones.

»Lo que necesito son capotes y zapatos. Nada me faltaría si se hubieran obedecido mis órdenes; pero ninguna se ha cumplido, por ser el ordenador hombre de poca confianza, y porque aquí no se trata más que con tunantes. Es preciso enviar á Bayona un ordenador exento de toda sospecha. No quiero más contratas: ya sabe usted que los destajos no dan de sí más que picardías.

»He rescindido la contrata del equipo de Burdeos. Envíe usted un director que haga hacer el vestuario de mi cuenta, y que auxiliado por el prefecto escoja el local y los jornaleros. No pierda usted de vista el principio de que no hay contrata que no tenga por objeto el robo; que el que paga bien no necesita ajustes y que siempre es preferible el sistema de que la administración haga las cosas por sí misma.

»¿Qué haremos con este taller de fabricación? Haremos lo que con los regimientos: pondremos á su frente un comisario de guerra de probidad, tres ó cuatro maestros de sastre bajo sus órdenes, como empleados del taller, y encargará á tres oficiales superiores de los que hay en Burdeos que vigilen la admisión y sólo reciban buenas prendas. Para nada de esto se necesita contrata haciendo que el referido comisario tenga dinero á su disposición.

»Verá usted por el decreto, que todo se reduce á agregar al comisario de guerra un buen adjunto que interese su amor propio en la buena marcha de dicho taller, dos buenos guardaalmacenes, y dos maestros de sastre probos y experimentados sacados de los cuerpos. Con estos solos cinco individuos puede el taller ir perfectamente, y tendremos casacas tan bien trabajadas como las de la guardia.

»Por lo tocante á la actividad, podrán si quieren confeccionar hasta diez mil casacas al día, reuniendo artesanos de toda Francia. Si siempre hubiera seguido usted este principio, todo seguiría perfectamente. Más vale tarde que nunca. Sepa usted para su gobierno que no quiero más contratas, y que habrá que seguir el método indicado cuando no disponga yo que confeccionen sus prendas los mismos cuerpos.»

(N. del A.)

de la crueldad, reservando para José la majestad y la clemencia; y verdaderamente siendo éste su objeto, lo más prudente era no habitar con su hermano.

No bien llegó á Vitoria y recibió los abrazos de José, que le profesaba singular cariño, convocó su estado mayor y señaladamente á los oficiales franceses ó españoles que mejor conocían los caminos de aquel país, para empezar desde luego las operaciones decisivas que había proyectado.

Para comprender las notables operaciones que en aquellas circunstancias ideó y mandó llevar á cabo, y que seguramente no fueron las menos brillantes de su vida militar, es preciso saber lo que había ocurrido en España durante los meses de septiembre y octubre, tiempo invertido en París y en Erfurt en negociaciones, preparativos de guerra y movimientos de tropas.

Los españoles, entusiasmados hasta un grado indecible con el inesperado triunfo de Bailén y la retirada del rey José al Ebro, vivían entregados al delirio del júbilo y de la jactancia. Ignorantes de que eran sólo un puñado de reclutas, extenuados, sofocados y mal conducidos por un general desgraciado, los que habían vencido, se figuraban haber derrotado nada menos que al grande ejército y hasta al mismo Napoleón. Suponíanse invencibles, y ya trataban de juntar una masa de quinientos mil hombres y de atravesar con ellos el Pirineo para invadir la Francia. No hablaban de otra cosa que de empresas contra el Mediodía de la nación vecina en sus negociaciones con los ingleses, cuyas victorias en Portugal sabían, y cuyo convenio de Cintra menospreciaban comparándole con el suyo de Bailén. Aceptaban y hasta deseaban la cooperación de un ejército inglés; pero la pedían sin aparentar librar en ella la salvación de la España, objeto que se prometían llevar á cabo sin necesitar auxilio de extranjeros. Aunque se tenga cabal idea de la jactancia española, tan exagerada en todos tiempos y tan exaltada con aquel inaudito triunfo, apenas se podrán adivinar las expresiones de loca presunción que proferían los sublevados.

Lo que más urgía y lo más difícil era constituir un gobierno; porque desde la partida de la familia real á Compiègne y Valençey y la retirada de José al Ebro, no había quedado en el país más autoridad que la de las juntas de insurrección formadas en cada provincia: autoridad extravagante repartida entre doce ó quince centros enemigos unos de otros. En Madrid, centro único de la administración real antes de aquella época, no había quedado más que el Consejo de Castilla, cuerpo tan despreciado como aborrecido por no haber opuesto á la usurpación extranjera más resistencia que un tanto de aspereza y muchas tergiversaciones. Hallábase en España el Consejo de Castilla en la misma posición en que se habían visto en Francia al comienzo de la revolución los antiguos parlamentos, considerados antes del 1789 y despreciados después por haber quedado muy atrás con respecto á las exigencias de la época. Pacienzudo y tenaz en su ambición, no obstante, como todas las corporaciones caducas, no desesperaba de poderse apropiarse la autoridad suprema, y juzgó ser buena ocasión para ello el asesinato de don Luis Viguri, intendente que había sido de la Habana y favorito del príncipe de la Paz, quien aunque vivía olvidado hacía mucho tiempo, acababa de fijar de nuevo la aten-

ción del público por haber maltratado á un criado infiel. Dejóse sentir la falta de una autoridad pública al ver el vecindario de la capital arrastrando el cadáver del desgraciado Viguri, y entonces el Consejo reclamó de los generales españoles que habían vencido á los franceses que prestasen su apoyo á la ley. Propuso al mismo tiempo á las juntas de insurrección que diputase cada cual un representante, con objeto de formar en Madrid juntamente con el Consejo un gobierno central.

Apresuráronse los generales españoles á entrar triunfantes en Madrid, adonde llegaron sucesivamente don Pedro González de Llamas con los valencianos y murcianos, y Castaños con los andaluces, realmente vencedores por desgracia del general Dupont. El entusiasmo que produjeron éstos últimos fué extremado, y si la suerte merece igualarse al genio, añadiremos que fué merecido. Pero las juntas no se conformaban con ceder á la preponderancia del Consejo de Castilla y contentarse con una mera participación del poder bajo la dirección suprema de aquel cuerpo. Todas, exceptuada la de Valencia, le dirigieron por única respuesta las más violentas recriminaciones, declarando que no querían reconocer una autoridad que hasta entonces no había sido más que puramente administrativa y judicial, y que por último no se había conducido de una manera que la hiciese digna de obtener de la confianza de la nación un poder no derivado de las instituciones del país. Discutieron entre sí por medio de sus diputados la forma de gobierno central que deberían constituir, y se mostraron tan discordes en sus miras como en sus pretensiones. En primer lugar todas miraban con celos á sus vecinas: la junta de Sevilla estaba mal con la junta de Granada, ambas se atribuían el honor de la victoria de Bailén y llevaban la violencia hasta el punto de quererse declarar la guerra, lo que hubieran indudablemente hecho á no mediar el prudente Castaños. Además, la misma junta de Sevilla aspiraba á ser el centro del gobierno de la nación, alegando en abono de sus pretensiones los servicios prestados y su posición geográfica, apartada de los franceses, y por medio de adhesiones sucesivas quería irse granjeando la aquiescencia de todas las demás. Las juntas del Norte, formando dos grupos opuestos entre sí, el de Galicia, León y Castilla de una parte, y el de Asturias de la otra, tendían, no obstante, á reunirse y á fijar en el Norte el gobierno de España. Menos ambiciosas, más prudentes y no menos meritorias, sacrificaban las juntas de Extremadura, Valencia, Granada y Zaragoza estas ambiciones exclusivas, y se pronunciaron por la formación de un gobierno único, situado en el centro de España, aunque no en Madrid, á fin de evitar la dominación del Consejo de Castilla.

Acabaron por entenderse todas estas juntas por medio de sus representantes, y convinieron en enviar al punto que se designase, ya fuera Ciudad Real, Aranjuez ó Madrid, dos diputados por cada junta, para formar la central de gobierno. Aceptado este acuerdo y nombrados los diputados, acudieron con grande agitación unos á Madrid y otros á Aranjuez. Los de Sevilla, siempre más envidiosos por ser los que más ambicionaban, no quisieron pasar de Aranjuez, y acabaron por atraer á todos los demás. Holgábanse estos substitutos

de la monarquía ausente de ocupar su antiguo asiento y de usurpar hasta sus apariencias.

Constituida en Aranjuez bajo la presidencia del conde de Floridablanca, antiguo ministro de Carlos III, personaje distinguido, diestro é ilustrado, pero desgraciadamente anciano y poco al corriente de las exigencias de la época, declaróse la junta central investida con la plena autoridad real, se apropió el título de Majestad, confirió á su presidente el de Alteza y á sus individuos el de Excelencia con el sueldo de ciento veinte mil reales á cada uno. Compúsose al principio de veinticuatro miembros, y luego reunió hasta treinta y cinco, y su primer acto fué mandar al Consejo de Castilla y á todas las autoridades españolas que reconociesen su supremo poder. El Consejo de Castilla, que no miraba con gusto la creación de semejante autoridad, trató en un principio de resistirse: opuso por medio de una declaración formal, que según las leyes del reino la junta como consejo de regencia era demasiado numerosa, y como asamblea nacional no podía en manera alguna substituir á las cortes, y pidió en su consecuencia que se convocasen éstas. Ya en otra ocasión hemos apuntado que en el levantamiento de la España por la monarquía se habían manifestado todos los sentimientos democráticos de la época, y que en realidad las pasiones que con él se suscitaban en nombre de Fernando VII no eran otras que las de 1793. Nada, pues, era más grato á los oídos de los españoles que la palabra cortes; pero esta palabra perdía su magia en boca del Consejo de Castilla, porque lo que éste proponía se consideraba como un ardid para anular la junta y ponerse en su lugar: de manera que, sin renunciar á la idea de convocar cortes, se contestó á su manifiesto con un murmullo universal de odio y de desprecio. El apoyo de los generales era á la sazón la única fuerza eficaz: todos ellos pertenecían á la junta central compuesta de las juntas provinciales, cuyas hechuras eran y con las cuales habían estado siempre en inteligencia, y todos se adhirieron á la junta, exceptuado solamente el anciano D. Gregorio de la Cuesta, siempre adusto é insociable, el cual detestaba las autoridades insurrectas y tumultuosas que acababan de formarse, y prefería con mucho al Consejo de Castilla, que había presidido en otro tiempo. Ocurriósele de pronto á Cuesta concertarse con Castaños para atribuirse ambos el gobierno militar abandonando la gobernación civil al Consejo, y los acontecimientos confirmaron en breve cuánto mejor hubiera sido semejante combinación; pero no era Castaños bastante osado para aceptar el ofrecimiento de su colega, y por otra parte, como deudor de su promoción á la junta de Sevilla, era del partido de las juntas. Tuvo, pues, que resignarse D. Gregorio de la Cuesta; y el Consejo de Castilla, privado de todo apoyo, se vió reducido á imitar su ejemplo.

La junta central de Aranjuez, dueña por completo del poder desde los primeros días de septiembre, empezó á gobernar á su manera á la desgraciada España. Hubiera debido ser su primera y única atención levantar tropas, organizarlas y dirigir las; pero como en aquel país había habido siempre mala administración, y una revolución repentina acababa de destruir lo poco que de la antigua administración quedaba, el gobierno central nada podía hacer ó casi nada en la parte esencial,

que era la organización de las fuerzas, y todo lo más que podía prometerse era disponer de su dirección general. Era verdaderamente el entusiasmo en España en alto grado clamoroso, y véase cuán débil recurso es el entusiasmo y cuán inferior en resultados á una ley regular que comprenda á todos los ciudadanos, y los llame á servir al país, voluntariamente ó á la fuerza, puesto que habiendo podido la España suministrar á la sazón hasta cuatrocientos ó quinientos mil hombres por naturaleza valientes en grado heroico, dió apenas unos cien mil, mal equipados y peor disciplinados, incapaces de hacer frente á nuestra tropa más adocenada, aun en la proporción de cuatro contra uno. Después de mucho ruido y grande agitación, sólo se alistaron los estudiantes de las universidades, unos cuantos lugareños incitados por los frailes y un número cortísimo de exaltados de las ciudades. En algunas provincias los nuevamente alistados se agregaron á la tropa de línea; en otras, bajo el nombre de *Tercios*, tomado de los antiguos ejércitos españoles, formaron batallones especiales que prestaban sus servicios juntamente con aquélla. La Andalucía, tan envanecida con sus triunfos, reunió un ejército de cuatro divisiones bajo las órdenes de los generales Castaños, la Peña y Coupigny; Granada juntó el suyo bajo el mayor Reding; Valencia y Murcia enviaron al mando de Llamas parte de los voluntarios que habían hecho resistencia al mariscal Moncey; Extremadura, que aún no había figurado en las filas de la insurrección armada, formó bajo las órdenes del general Galuzo y del joven marqués de Belveder una división en que tuvieron cabida con los voluntarios muchos desertores de las tropas españolas de Portugal. Agregáronse á esta división los alistados de la Mancha y Castilla la Nueva. Cataluña siguió levantando partidas de miqueletes que estrechaban muy de cerca al general Duhesme en Barcelona; el Aragón respondía al llamamiento de Palafox, y animado con la resistencia de Zaragoza, organizó un ejército bastante regular, compuesto de tropas de línea y paisanos, los hombres más arrogantes y decididos de toda España. Las provincias del Norte, Galicia, León, Castilla la Vieja y Asturias, aprovechando un núcleo considerable de tropa de línea, procedente parte de Portugal y otra parte de la guarnición del Ferrol, se unieron bajo los generales Blake y D. Gregorio de la Cuesta, que miraban la buena suerte de los sublevados en el resto de la península como un desquite de la derrota sufrida en Róseco. Recibieron además estas provincias un refuerzo inesperado con las tropas del marqués de la Romana, el cual venía escapado de las orillas del Báltico con su cuerpo por una especie de milagro digno de ser contado.

Se recordará que las tropas españolas enviadas por Napoleón á custodiar parte de las orillas del Báltico habían sido diseminadas por las provincias dinamarquesas, en donde debían hacer frente á los ingleses y á los suecos. Intimóseles que prestasen juramento de fidelidad á su nuevo rey José, y comenzaron á murmurar y á disgustarse. Los que se hallaban en la isla de Zelândia, en los contornos de Copenhague, se sublevaron, intentaron matar al general Fririón que los mandaba; no pudiendo haberle á las manos asesinaron á su ayudante, y declararon que no consentirían á un rey usurpador. Hízolos desarmar al punto el rey de Dinam-

marca; pero la mayor parte del cuerpo de españoles estaba en la isla de la Fionia y en la Jutlandia. Las tropas que en estos dos últimos puntos se hallaban, sobornadas de algún tiempo atrás por agentes españoles, transportados en buques ingleses, habían resuelto substraerse al dominador del continente, y con este objeto dirigirse de improviso á cualquier punto de la ribera en que estuviesen ya prevenidas las escuadras inglesas para recibir las. Figuraba á la cabeza de esta noble conspiración el marqués de la Romana, hombre de carácter entusiástico y singular, instruído aunque de poco juicio, y más impetuoso que valiente. A una señal convenida, todos los destacamentos españoles se precipitaron al puerto de Nyborg, donde se verificaba el embarco para atravesar el gran Belt; allí encontraron un centenar de barquillas de que se apoderaron, y trasladáronse á la isla de Langeland. Protegidos ya en este punto por las escuadras inglesas, nada tenían que temer. Los otros destacamentos, diseminados por la Jutlandia, acudieron por su parte á Fredericia, pasaron el pequeño Belt en barcas de que se hicieron dueños, atravesaron la isla de Fionia para trasladarse á Nyborg, y de Nyborg avanzaron á la isla de Langeland, punto de reunión de todos los prófugos. Los jinetes soltaron sus caballos en los campos y siguieron á pie á la infantería, llegando todos juntos al punto asignado. Advertidos los ingleses, habían ya reunido el número de buques necesario para la corta travesía que tenían que hacer, y transportaron ligeramente á los fugitivos á la costa de Suecia para dejarlos en salvo; y finalmente, reunidos todos los recursos necesarios, los llevaron de Suecia á España en los primeros días de octubre después de tres meses de prodigiosas aventuras. De los catorce mil españoles situados en la ribera del Báltico, volvieron á España unos nueve ó diez mil, quedaron de cuatro á cinco mil en Dinamarca, desarmados y prisioneros (1).

En circunstancias en que los españoles consideraban como un verdadero triunfo la más insignificante ventaja, y la más leve muestra de valor ó de inteligencia como prueba inequívoca de heroísmo y de genio, no podía menos el marqués de la Romana de representarse como un héroe completo, como un grande hombre digno de la pluma de Plutarco. Pero eran tan propensos á la envidia como al entusiasmo, y esto fué causa de que á pesar de ser Castaños el más entendido y prudente entre todos sus generales, aunque no pocas veces irresoluto, y el más acreedor por lo tanto á la dirección general de la guerra, no obtuviese el mando supremo que de derecho le correspondía. Cada junta tenía su héroe favorito, que no consentía someter al héroe de la junta vecina, de donde resultó el limitarse á constituir un consejo de guerra, como agregado á la junta de Aranjuez, y compuesto de los principales generales ó sus representantes.

Sería imposible referir todos los planes ridículos que en este consejo se propusieron. Prefirióse á todos, como imitación del que se había seguido en Bailén, uno que se reducía á envolver al ejército francés replegado en

(1) La prodigiosa evasión de las tropas de la Romana, contada de una manera tan diminuta en la presente historia, puede verse elocuentemente narrada con todos sus heroicos accidentes por el conde de Toreno en el libro V de su afamada *Historia del levantamiento y guerra de España*. (N. del T.)

el Ebro y reconcentrado en torno de Vitoria, rebasando sus dos alas por Bilbao y Pamplona. Verdad es que de resultas de la configuración comunmente caprichosa de los valles, que en las grandes montañas se enlazan unos con otros, el ejército francés, conservando el camino de Bayona á Vitoria que pasa por Tolosa y Mondragón, tenía á su derecha el valle cuyo centro ocupa Bilbao, conocido con el nombre de Vizcaya, y á su izquierda el valle cuya entrada ocupa la plaza fuerte de Pamplona, que es Navarra. Desde Bilbao, yendo por Durango, puede caerse sobre Mondragón, á espaldas de Vitoria, interceptando la gran carretera que constituía la principal comunicación del ejército francés. También desde Pamplona se puede caer sobre Tolosa cortando la carretera de Francia, y aun desembocar sobre Bayona por San Juan de Pie de Puerto. No dejaba, pues, de ser fundada la esperanza de envolver al ejército francés y de hacer prisionero á José con toda su corte y con los cincuenta ó sesenta mil hombres que quedaban en el Ebro, pudiendo llevar preso á Madrid al hermano de Napoleón, siempre y cuando las tropas francesas que se encontrasen en el camino fuesen bastante cobardes para cejar ante unas partidas indisciplinadas conducidas por generales incapaces. Ruidosa en verdad hubiera sido la venganza, y muy legítima, puesto que Fernando VII se hallaba preso en Valencey; pero las casualidades no suelen repetirse, y lo de Bailén había sido una de estas casualidades; todos los ejércitos españoles reunidos hubieran sido en la actualidad impotentes contra los soldados y generales retirados al Ebro, y más todavía contra los soldados que conducía Napoleón. Para forzar el paso de Bilbao á Mondragón y de Pamplona á Tolosa había que abrirse calle por entre el cuerpo de los mariscales Víctor y Lefebvre de una parte, y de la otra por entre el cuerpo de los mariscales Ney y Lannes, y de los generales Moutón, Lasalle, Lefebvre Desnoettes, que iban á la cabeza de los veteranos del grande ejército; y en Europa no había aún tropas que hubiesen dado con este secreto. De este modo, sin probabilidad ninguna de envolver á los franceses, dejábaseles á éstos en toda libertad para desembocar desde Vitoria como de un centro para arrojar en masa, bien por la derecha ó bien por la izquierda, sobre cualquiera de los dos ejércitos españoles, que estaban separados por grandes distancias y que no podían mutuamente favorecerse, y causarles de este modo el mismo desastre que querían ellos causar al ejército francés. Pero no eran capaces los inexpertos generales de España de formar siquiera juicios tan sencillos; envolver á un ejército francés y hacerle prisionero era para ellos desde el suceso de Bailén un expediente militar de prestigio irresistible. Prevaleció por consiguiente el plan propuesto en el consejo, donde no era en verdad poca maravilla que prevaleciese cualquier cosa; tan numerosas y vehementes eran en su seno las contradicciones. Convínose, pues, en avanzar á la vez por los montes de Vizcaya y de Navarra, sobre Bilbao por una parte y de otra sobre Pamplona, con objeto de incomunicar á José con Vitoria y de tratarle del mismo modo que al general Dupont, y en seguida se hizo la distribución de las fuerzas disponibles, que según las esperanzas de los españoles no bajaban de cuatrocientos mil hombres.

Formáronse cuatro cuerpos de ejército, uno á la izquierda primeramente al mando del general Blake, que comprendía una masa considerable de tropas de línea, las de la división de Taranco, del distrito marítimo del Ferrol y del marqués de la Romana, y con estas los voluntarios de Galicia, León, Castilla y Asturias, entre las que descollaban los estudiantes de Salamanca y los montañeses asturianos. Podía valerse este ejército de la izquierda en treinta y seis mil hombres, sin contar la división de la Romana, y con ésta en cuarenta y cinco mil, si bien por haber vuelto del Norte á pie estaba desmontada y fuera de servicio. El ejército del general Blake recibió orden de avanzar desde León á Villarcayo por la falda del recuesto meridional de las montañas de Asturias, de atravesar estas montañas si le era posible en Espinosa para internarse en el valle de Vizcaya y de bajar hacia Bilbao. En comunicación con este ejército de la izquierda, se mandó formar otro del centro bajo el general Castaños, que comprendiese las tropas de Castilla organizadas por la Cuesta y conducidas por Pignatelli; las de Extremadura mandadas por Galuzo y el joven marqués de Belveder; las dos divisiones de Andalucía puestas bajo las órdenes de la Peña, y por último, las tropas de Valencia y Murcia que Llamas había conducido á Madrid. Estas tropas, descontando las de Extremadura aún retrasadas, podían ascender á unos treinta mil hombres. Mandóseles ir de Logroño á Calahorra por la margen del Ebro, y que las de Extremadura fuesen á ocupar á Burgos con los residuos de las guardias walona y española, que eran las mejores tropas de España, en número de doce mil hombres. El ejército de la derecha, formado en Aragón por Palafox, compuesto de valencianos, y de alguna tropa de Granada y de aragoneses, y de unos diez y ocho mil hombres de fuerza, fué destinado á pasar el Ebro por Tudela y á encaminarse á Pamplona por Sangüesa, siguiendo el río Aragón. El ejército del centro que mandaba Castaños debía reunirse con el ejército de la derecha para operar en masa sobre Sangüesa, cuando se realizase definitivamente el proyecto de envolver al ejército francés. Resolvióse formar á espaldas de estos tres ejércitos otro más, que sirviese de reserva, compuesto de aragoneses, valencianos y andaluces; pero éstos no aparecieron jamás en línea, y su número fué siempre desconocido. Por último, á la extrema derecha, esto es, en Cataluña, había, sin formar parte del plan general y sin que fuese posible calcular su número, alistadas como aquella provincia tropas de miqueletes, que, unidas á varios regimientos procedentes de las Baleares y á soldados españoles traídos de Lisboa, habían tomado á su cargo el disputar aquella parte de España al general Duhesme, bloqueándole en Barcelona. Pero si nos limitamos á enumerar las fuerzas que operaban en el verdadero teatro de la guerra, las de la izquierda dirigidas por Blake, las del centro mandadas por Castaños (comprendida la división de Extremadura), y por fin las de Aragón que regía Palafox, no encontraremos más fuerza total que la de cien mil hombres, entre los cuales se comprenden cuantos soldados disciplinados y voluntarios exaltados había en España: amalgama confusa de tropas de línea, instruídas lo bastante para reconocer los defectos de su organización y desanimarse, de paisanaje y de estudiantes sin instrucción, sin la menor idea de guerra, despues-